

conocido lechero para el reparto de la mañana. Se lavó en el cuarto de baño, puso una silla apoyada contra la puerta con un vaso vacío en el borde del asiento, y se acostó. En pocos minutos estaba durmiendo.

Juan fue como siempre de mañana a comprar tabaco de hebra al estanco de la Plaza, en los soportales se le cruzó una mujer joven con un sombrero con gasa negra que ocultaba su rostro. Le rozó levemente la mano izquierda que braceaba. Tres pasos más adelante caía al suelo retorciéndose; luego quedó quieto, muerto.

Esa mañana Susana llamó desde la cabina a un teléfono que tenía apuntado en un papel arrugado: – ¿Está Julia? – Está en la cocina. ¿Quién la llama? Soy una amiga. – Espere, le aviso. – ¿Quién es? – Hola Julia, soy Susi, estoy en Ciudad Real. – ¡Pero muchacha! ¿Estás loca? ¡Te están buscando desde que te fuiste! Y no para hablar contigo. El Juan ha mandado al Michi para que te despache; se lo dijo a la Loren esta mañana. ¡Vete deprisa chica, por Dios! ¡Vete ya, rápido! – No Julia, no; estoy muy cansada de huir. No me asustan estos chulos de mierda. Voy a dar fin a toda esta mierda. Dime: ¿Dónde puedo ver al Michi esta noche? ¿Va a tomarse el pelotazo a la cantina de la estación como hacía? ¿Aún espera que llegue su novia asturiana? – Sí, creo que sí, lo sigue haciendo. Por favor chica no te metas en líos con ellos, son capaces de matarte. – No te preocupes. Puedo defenderme solita. Hasta luego bonita, cuídate mucho. Besos. – Besos, Susi.

La madrugada del jueves, cargada estaba de silencios apenas rotos con los silbidos del tren que se acercaba: el tren Correo, como siempre, atrasado. Los oscuros adoquines de basalto en la calle Ciruela brillaban con el relente; subían los viajeros ajenos a los pasos de unos tacones en la calle del Horno; otras pisadas se acercaban por la Plaza de Hospicio. Un hombre con sombrero calado hacia delante cruzó desde la acera del Convento de las Siervas hasta la acera de enfrente. La mujer de los tacones se acercaba despacio, con pisadas lentas, cruzando los pies como si desfilara por una pasarela y le llamó a media voz: ¡Michi! Él, levantó la cabeza y la reconoció. Se acercó despacio con la mano en uno de sus bolsillos. Ella fue hacia él lejos de la única lámpara de porcelana con escasa luz. – Me alegro verte Susi, ¿te va muy bien? – Sí claro. – dijo con seguridad. ¡Pues ahora te va a ir mejor! – Sacó una navaja: no le dio tiempo a abrirla. Cuando quiso hacerlo, sintió un escozor caliente en la tripa y las fuerzas le abandonaban. Otro escozor frío sintió en el pecho y cayó al empedrado como un saco de patatas.

Sonó el silbato: el tren llegaba; pararía diez minutos. Se oyó la campana del Convento. En el apartamento 2 del coche 3, Susana cogía la novela *El Halcón Maltés* de Dashiell Hammett.

Dos días después, leía Susana en el ABC, junto al quiosco de la Plaza del Rosío en Lisboa: dos muertos en Ciudad Real: uno envenenado en la plaza con un ungüento de Rana Dorada, y otro de dos puñaladas en la calle del Horno. Se cree que tienen algo que ver con el ajuste de cuentas de un grupo de maleantes.

Nunca pensó Susi que matar tantos cerdos en la granja de su padre le ayudaría a salvar el pellejo. Lo del veneno, se lo dio su amiga brasileña, la Jennifer Cunha.

**Ramón Gallego Gil**